

Catarina Botelho*Qualquer coisa de intermédio*

10.09 - 07.11.2020

Tan vivas

Marta Echaves

Desde uno de los laterales de Montjuic, detrás del Castillo que visitan los turistas, encuentro un lugar sin apenas gente donde sentarme a contemplar la ciudad. Es un encuadre atípico porque no enfoca en dirección al entramado urbano sino hacia el puerto comercial. Lo que ves es la Zona Franca: el mar, y buques portacontenedores de colores primarios (azul, rojo, amarillo) que almacenan las mercancías producidas a miles de kilómetros de distancia, y que bombean el flujo consumo/obsolescencia que vertebra la *oikonomia* urbana. Esta vista revela que gran parte de la ciudad está ocupada por todas esas monstruosas cajas que flotan sobre el agua. Ahí desde lo alto sientes como en verdad, ni los edificios ni las calles importan, y que si eso existe es solo porque es sostenido por la producción y el comercio ininterrumpido global. La imagen es imponente, hay más espacio para bienes de consumo que en poco tiempo dejarán de ser usados, que para las personas que llevamos viviendo ahí durante siglos.

Ya antes de saber que escribiría este texto quería que Catarina me invitara a ir con ella a alguna de sus caminatas por las orillas de la ciudad asilvestrada. Y quería escribir sobre su trabajo desde ahí, desde la sensibilidad de ese acompañarse. Pero, por una cosa y por otra no pudo ser, y por eso ahora este texto tiene que ser leído con las particularidades anímicas de quien evoca recuerdos que no le son propios. Hay algo en el trabajo fotográfico de Catarina que me interesa relacionado con ese hacer de la memoria. Fotografiar implica de alguna manera registrar y cicatrizar. Trasladar el encuentro irrepetible y fugaz con lo otro a una materialidad exterior a nuestro propio cuerpo. *Sacar de mí un recuerdo mío para que tenga vida más allá de mí.* Intento mirar entonces desde el cuerpo y los afectos que capturaron ese momento, yendo de la fotografía a la sensación de calor, interioridad, desorientación e incluso miedo, que podría estar sintiendo en ese momento quien estaba encuadrando la imagen.

Evoco el cuerpo de Catarina. Primero caminando y caminando sin entender muy bien su propio deambular. Después, tumbada sobre el suelo, intentando acompasar su cuerpo al del objeto que la ha hechizado, tanteando las distancias entre ella y ese *otro*, y la manera en la que permitir que la luz forme parte de esa danza. ¿Cómo amar a las rocas, a los neumáticos, a las sillas, a las alfombras... que fueron dejadas ahí, por otros? Siento que es a través de esos restos, y esos rastros, que varios cuerpos pueden tocarse sin tocarse. Como ahora también yo acaricio la superficie de esa sábana blanca que parece una mortaja cubriendo, quizás, unos rastrojos quemados por el sol. Y toco las manos de quien delicadamente la puso ahí. Y no tengo claro si esas manos, que imagino un poco ásperas, querían que la sábana arrojara un secreto, o por el contrario, querían llamar nuestra atención para que mirásemos algo que no suele ser visto. La potencialidad háptica de lo fotográfico refiere al momento en el que la vista descubre de sí misma una función de tacto que les es propia, y que es distinta a su función óptica. Fotografiamos con los ojos pero solamente en tanto tocamos con esos ojos. En estas fotografías hay algo de eso, del tacto que mira. Por eso entiendo que Catarina me diga que para ella son como esculturas. Por eso hablo de como amar a eso que es fotografiado, porque hay una colisión en intimidad, un cuerpo a cuerpo que deja una huella en aquel que cuando mira toca, y cuando es tocado es mirado. En otra de las fotografías vemos unas rocas cuidadosamente colocadas. No diría que su ordenación intente imitar una suerte de construcción o tótem. Están como dejadas ahí sin utilidad aparente. Pero de nuevo siento muy fuertemente que cuanto más me fijo en esas rocas más advierto la presencia de quien las acomodó en ese preciso lugar, en la firmeza de su gesto improductivo. ¿Por qué alguien las dejó así? Me pregunto si esa persona sabía que a través de esas rocas sería mirado y tocado, y de nuevo, si esas rocas están ahí cubriendo un secreto o llamando nuestra atención para que miremos algo que no suele ser visto.

Los restos fotografiados por Catarina están "fuera de quicio", como se dice del tiempo. Han errado en su circular como mercancía dentro de ese flujo ininterrumpido y global. Se han quedado varados en un territorio indeterminado y semisalvaje. Nos acechan de una forma que no logramos comprender, porque aunque inanimados parecen vivos. Al haber sido fotografiados nos es transmitida la experiencia de intimidad de quien los encontró, haciendo de esta materialidad *insignificante* y olvidada un paisaje emocional expectante. Al haber detenido su atención sobre ellos, hay un cuidado y una resignificación, que no los reduce al sistema productivo y económico que los ha fabricado. Pero estos restos no solo son cuidados por quien fotografía, sino por quien habita con ellos ahí, en esa especie de tierra de nadie. Aunque no haya presencia humana en las imágenes, intuimos una coreografía vital alrededor y a través de esos objetos. Los juncos están tan vivos como yo, que escribo, y tú, que lees. Las puertas suturadas entre sí formando un muro, están tan vivas como esas hierbas que crecen retorciéndose sobre sí mismas. El plástico, la tierra, la sangre, el fuego, la basura... forman parte de un ensamblaje que habita el lugar. En una de las fotografías vemos varias alfombras sobre un césped descuidado, colocadas atentamente, justo una pegada a la otra, aparentando que son una y la misma superficie. Hay unas rocas de tamaño mediano dispuestas sobre algunas de ellas para que el viento no las vuele. Las alfombras deben llevar un tiempo ahí porque ha brotado hierba sobre la superficie trenzada de una de ellas. Es increíble la simbiosis, geometrías de algodón color granate atravesadas por lo orgánico del verde. A la orilla de las alfombras, juncos asalvajados que crecen hacia arriba, y malas hierbas que luchan por encontrar la luz. Parece un río, un río de alfombras con su ribera. La perspectiva con la que está tomada la fotografía sugiere una fuga diagonal que me invita a perderme en la imagen, y a abandonarme a la alucinación de oír el sonido de sus aguas. En estos territorios obsoletos es más fácil tomar consciencia de que no podemos distinguir tan fácilmente lo inanimado de lo animado, lo vivo de lo muerto. Todo tiembla con todo en este ecosistema fluctuante e indeterminado donde la ciudad, y sus flujos, parecen ya no encontrarse más ahí.

Estos porciones de tierra son extrañas y/o extranjeras al sistema urbano y su captura neoliberal. En tanto no han devenido mercancía, son grietas que para poder ser habitadas reclaman que nos posicionemos por el afuera de la escala de la ciudadana. Ahí todos somos más *alimañas* que personas. Hay quien puede tener el privilegio de vivirlo como una elección, y hay otros cuerpos que están condenados a estas formas de existencia. Despojados del derecho a la "ciudad", expulsados del orden abstracto de lo humano (es decir, del lenguaje y del dinero)," los deseos se asilvestran y se reconoce lo *otro*, incluso el propio territorio, como parte de la propia experiencia intersubjetiva. Son lugares fugitivos y quienes lo habitan lo hacen furtivamente. Es como si el mero deambular por esos territorios nos hiciera alguien inmediatamente sospechoso. Pareciera que no hay ningún motivo para estar ahí, y es esa improductividad aparente lo que hace a la escena realmente peligrosa. Las fotografías me transmiten, a través de cierta sensación de sustracción temporal, la tensión de alguien que está a punto de ser descubierto. Como si las imágenes hubieran sido capturadas justo unos segundos antes de que algo se fuera a mover, o alguien estuviera a punto de llegar. Los "alcos" y los "alguienes" esperan a que nos demos la vuelta para seguir con su vida. No creo que se sientan invadidos, sino más bien extrañados de que una persona esté ahí y les quiera mirar. Pero debe ser fuerte la sensación de ir poco a poco alejándose de la ciudad y entrar en estos territorios ambiguos, semiabandonados: la percepción temporal se adapta a nuestra respiración, nuestro cuerpo en ese espacio toma otra presencia. No estamos acostumbrados a esas geografías alegales, y hay una intranquilidad de la que es difícil despegarse.

Con Catarina hablé bastante sobre el miedo. Sobretudo en las primeras de sus caminatas. El miedo de verse ella ahí con su cuerpo leído como de mujer, pequeña, con una cámara tan grande, andando sola por lugares donde si alguien grita nadie puede oír. Mientras ella me cuenta, me vienen a la cabeza algunos versos de un poema de June Jordan que alguien me leyó hace tiempo cuando yo hablaba de mis miedos.

Incluso esta noche necesito caminar y despejar
mi cabeza en relación con este poema sobre por qué no puedo salir sin
cambiarme de ropa de zapatos
ni la posición de mi cuerpo o la identidad de mi género mi edad
mi estatus de mujer sola al atardecer/ sola en las calles/
sola no siendo el caso/
el caso es que no puedo hacer lo que quiero
con mi propio cuerpo porque soy del sexo
equivocado de la edad equivocada de la piel equivocada y
supón que no es aquí en la ciudad sino allá en la playa/
o en la profundidad del bosque y yo quisiera ir
sola ahí a divagar sobre Dios/o
los niños o a pensar sobre el mundo/todo eso
revelado por las estrellas y el silencio:
no podría ir y no podría pensar y no podría
quedarme ahí sola como lo necesito
sola porque no puedo hacer lo que quiero con mi propio
cuerpo y
quién mierda hizo las cosas así
de este modo¹

Miedo por saberse también en territorios que pueden estar habitados por otros, ser casas de otros... miedo de no estar segura de qué pensarán de que ella esté ahí, quizás sin permiso, metiéndose en sus casas. Incertidumbre en la mirada entre esos dos, que no saben muy bien cuál es el motivo por el que sus cuerpos se han encontrado. Ambos en su sigilo, podrían sentirse amenazados el uno para el otro. Imagino unos instantes de silencio e inmovilidad, la mirada toca, tantea, intentando reconocerse. El contacto no es a través ni de la voz ni de las palabras. Es la mirada, un gesto, un dejar ir. No hace falta decir nada. Se observan como *alimañas* y cada uno sigue su camino. Catarina no vuelve a mirar atrás. La convivencia en estos ensamblajes es así, tácita. Sin embargo el estado de vigilancia del cuerpo en la tensión del miedo, hace que en el fotografiar lata cierta inseguridad o desatención. Evoco el cuerpo de Catarina agachada en una postura incómoda que la hace tambalearse, está cerca de perder el equilibrio. Hay algo en el suelo que quiere fotografiar, pero fotografiar el suelo es como querer capturar un espacio vacío. Es la tercera vez que vuelve a ese exacto lugar para tomar esa fotografía porque aún no ha quedado contenta. Mientras se agacha su mano está posada sobre la tierra un poco húmeda que mancha su palma haciéndola cosquillas. Oye detrás el chasquido de un palo de madera al romperse, también muy a lo lejos aunque difuminado, se oye el ruido de los motores de los coches que circulan por la autopista. No quiere mirar hacia el lugar de donde proviene el chasquido porque su atención intenta estar en lo que siente tiene que ser fotografiado. Oye otro chasquido. Esto ya le ha pasado en otra ocasión, la primera vez el miedo la hizo girarse automáticamente, pero ahora ya se ha acostumbrado. Intenta antes confiar y saberse a salvo; conectarse al ensamblaje que también la cuida, habitar el tiempo de la materia que es ahí con ella por unos instantes. Logra hacer la fotografía sin girarse. Se oye un cuarto chasquido y ahora sí, con la cámara apretada contra su pecho dirige su cuerpo expectante hacia donde percibe que proviene el sonido.

¹ Consultar poema completo en <http://cuadrotetiza.cl/wp-content/uploads/2017/11/june-jordan-poema-sobre-mis-derechos.pdf>